

ARCHIVO VALLEJO

Revista de Investigación del Centro de Estudios Vallejanos

Vol. 3, n.º 5, enero-junio, 2020, 105-120

ISSN: 2663-9254 (En línea)

DOI: 10.31381/archivoVallejo.v3n5.5202

## Significado de *Los heraldos negros* en el contexto de la poesía de lengua castellana

Meaning of *The Black Heralds* in the Context of Spanish-Language Poetry

SANTIAGO CRISTIAN AGUILAR AGUILAR

Universidad César Vallejo

(Trujillo, Perú)

saguilar@ucv.edu.pe

<https://orcid.org/0000-0002-2176-9869>



### RESUMEN

Me propongo analizar el significado del libro *Los heraldos negros* en el contexto de la poesía en lengua castellana de su tiempo a nuestros días. Se trata de un libro con un asombroso legado poético existencial y cuya trascendencia, a cien años de su aparición, se confirma en estudios como el que nos convoca. Se sigue explorando el alcance vital y humano de la trascendente y singular aventura poética de César Vallejo a través de su primer texto poético, en el cual el imaginario colectivo de la cosmovisión andina inicia su incorporación, y para siempre, a la literatura universal.

**Palabras clave:** Vallejo, *Los heraldos negros*, poesía castellana.

## ABSTRACT

I propose to patent the meaning of the book *The Black Heralds* in the context of Spanish-language poetry from its time to the present day, through an amazing existential poetic legacy whose transcendence, one hundred years after its appearance in studies such as the one that summons us now, continues to explore the vital and human scope of the transcendent and singular poetic adventure of César Vallejo through his first poetic text in which the collective imaginary of the Andean cosmovision initiates its incorporation and forever to universal literature.

**Key words:** Vallejo, *The Black Heralds*, Spanish Poetry.

Recibido: 25/05/19 Aceptado: 05/06/19

Hoy, días más, días menos, después de noventa y seis años, como acto de fe, recordamos a César Vallejo, quien arribó a París un 13 de julio de 1923, perseguido por la injusticia de su país, y luego de haber publicado dos magistrales libros *Los heraldos negros* (1918) y *Trilce* (1922), con un prólogo de meridiana solvencia intelectual y singular premonición de su entrañable mentor y amigo, Antenor Orrego, quien supo vislumbrar la singularidad de su poesía. Con Vallejo nació la nueva expresión poética de la lengua castellana. Permítanme recordar que gracias a la magnanimidad de Orrego, quien le cedió el boleto que su sobrino Julio Gálvez había compartido con él, Vallejo pudo viajar a Francia para conocer y vivir en París, la Ciudad Luz, hasta su muerte.

París, entonces, lideraba el pensamiento y movimiento cultural del planeta, por lo que no resulta extraña la admiración que César Vallejo sentía por el mundo que acababa de conocer, así lo reflejan las cartas escritas a familiares y amigos como la dirigida a su hermano Víctor Clemente el 14 del mismo mes:

El Altísimo permita que mis letras les hallen llenos de bienestar, papacito y toda la familia. El Altísimo ya me hizo llegar sin contratiempo alguno, a esta gran capital, que según opinión universal, es lo más bello que Dios ha hecho sobre la tierra. Aquí estoy ya, y me parece todo un sueño, hermanito amado. ¡Un sueño! ¡Un sueño! [...] ¡París! ¡París! ¡Oh qué grandeza! ¡Qué maravilla! He realizado el anhelo más grande que todo hombre culto siente al mirar sobre este globo de tierra. ¡Oh qué maravilla de las maravillas! (Hart 2014: 143).

Siguiendo los apuntes de Hart:

Como cuenta [Vallejo] en la misma carta, Vallejo ya había podido visitar la Torre Eiffel y Los Inválidos, ya había visto el Sena, el Arco del Triunfo, los Campos Elíseos, el Palacio y el lago de Versalles. Y, para culminar, había sido invitado a un almuerzo con champán en la Embajada del Perú, con invitación personal de parte del embajador Mariano H. Cornejo: «¡Qué almuerzo más lujoso! Criados de correcto frac nos han servido. Cornejo brindó por la alegría de tener aquí al poeta Vallejo. Estas son sus palabras textuales. He saboreado el champán auténtico de Francia» (2014: 143).

Para mayor ahondamiento de la admiración de Vallejo por el nuevo universo que estaba viviendo, recordemos el verso de uno de los *Poemas humanos*, «El buen sentido», en el cual le dice a su madre ya muerta:

Hay, madre, un sitio en el mundo que se llama París. Un sitio muy grande y lejano y otra vez grande (Vallejo 2013: 391).

Cuando partió del Perú César Vallejo, solo él y su prologuista Antenor Orrego sabían que este viaje le abriría la puerta de un universo desconocido, pero en el cual ambos tenían la certeza de que la poesía contenida en *Los heraldos negros* y *Trilce* habrían

de encontrar eco para revelar y ampliar la nueva y magistral lección poética contenida en estos insulares textos.

En *Los heraldos negros* Vallejo proyecta un estilo nuevo, con un lenguaje poético libre de todo ismo y de toda influencia idiomática que, precisamente, desde París se repartían a los creadores y artistas de todos los países de la tierra.

Ante esto, como muy bien afirma Julio Ortega:

Vallejo [...] desde el primer poema de *Los heraldos negros*, se revela como un poeta radicalmente distinto. // «Hay golpes en la vida, tan fuertes... Yo no sé». Ya la primera estrofa plantea los fundamentos de la poética del libro: la noción del destino como trágico; la condición humana como agónica; la orfandad como definición de lo vivo (2014: 20).

Antenor Orrego revela, para siempre, el orto de una nueva poesía que se echaba a andar libre y estremecedoramente humana en el parnaso de la poesía, no solo castellana, sino universal.

Vallejo, por genial y, tal vez, hasta ahora, inconsciente intuición, de lo que son en esencia las técnicas y los estilos, despoja su expresión poética de todo asomo de retórica, por lo menos, de lo que hasta aquí se ha entendido por retórica, para llegar a la sencillez prístina, a la pueril y edénica simplicidad del verbo. Las palabras en su boca no están agobiadas de tradición literaria, están preñadas de emoción vital, están preñadas de desnudo temblor. Sus palabras no han sido dichas, acaban de nacer. El poeta rompe a hablar, porque acaba de descubrir el verbo. Está ante la primera mañana de la Creación y apenas ha tenido tiempo de relacionar su lenguaje con el lenguaje de los hombres. Por eso es su decir tan personal, y como prescinde de los hombres para expresar al Hombre, su arte es ecuménico, es universal (1922: V-VI).

En 1923, César Vallejo tenía treinta y un años. Nació, como todos sabemos, en Santiago de Chuco, pequeño pueblo periférico del Perú profundo que, por entonces, pertenecía a la provincia de Huamachuco, departamento de La Libertad, el 16 de marzo de 1892, fecha rescatada y deducida por André Coyné. Precisa Luis Monguió:

El señor Coyné ha examinado los registros de bautismos de la Iglesia Parroquial de Santiago de Chuco y en uno que da principio en 26 de julio de 1888 y termina en 22 de julio de 1892, en su página 290, ha hallado una inscripción número 722 con el acta de bautismo de César Vallejo. Según ella, el diez y nueve de mayo de mil ochocientos noventa y dos fue bautizado en la citada Iglesia Parroquial César Abraham Vallejo, siendo niño de dos meses (1952: 19).

Santiago de Chuco siempre estuvo vivo en la médula del ser Vallejo. Latió en el corazón de su poesía como hogar, familia, personajes o costumbres, pero sobre todo como lenguaje de pueblo metido en la raíz misma de su ser. Estos elementos lo convierten en maestro discípulo de sí mismo. Agreguemos también el imaginario popular de los seres del lugar que le vio nacer. Por ello nadie, absolutamente nadie, antes o después de él ha logrado asombrarnos con una voz salida de lo más limpio y profundo del ser porque nadie ha logrado entrañarse, de palabra y obra, con lo más nítido de la sensibilidad de su pueblo, como él hizo de canto a canto y a lo largo y ancho de su impar lección poética.

Nadie ha logrado amar con tanta intensidad al mundo que le rodea. Nadie, a través de su sensibilidad, vivió en lo recóndito de su memoria el admirativo «Yo no sé!» que nace en aquella duda metafísica, tan andina, del primer verso de *Los heraldos negros* y se repite en el último verso del mismo poema, como un reiterado interrogante del ser ante la adversidad del dolor

y la muerte, en un mundo lacerantemente ignorado que nos lo describe con palabras y que, si nos detenemos a cavilar profundamente en ellas, no encontraremos rebuscamiento académico ni engolamiento literario.

Su voz es voz desnuda, memoria nítida en la que como luminaria habita el dolor del hombre de esta parte del mundo:

Golpes como del odio de Dios, como si ante ellos,  
la resaca de todo lo sufrido  
se empozara en el alma... Yo no sé!

Porque

Serán talvez los potros de bárbaros atilas;  
o los heraldos negros que nos manda la Muerte (Vallejo 1918: 3).

Precisándonos desde su cosmos interior que:

Son las caídas hondas de los Cristos del alma,  
de alguna fe adorable que el Destino blasfema.

Porque

Esos golpes sangrientos son las crepitaciones  
de algún pan que en la puerta del horno se nos quema (Vallejo  
1918: 4).

Ahora permítaseme trasladarme al último poema de *Los heraldos negros*, «Espergesia», no sin antes señalar que en todo el libro Vallejo compromete un lenguaje nuevo en el cual se observa nítida la presencia del fogón, hogar y tierra natal (García 2017: 27) con las personas queridas y amadas incluyendo animales y la naturaleza de sus sitios, para ser coherentes con las palabras del maestro, que le convocan, y hasta su utilería doméstica, como

su cuchara de palo, palpitan en el extraordinario legado de su poesía.

Por eso su sensibilidad nace, crece y permanece en el tiempo porque su voz está «llena de mundo», inmersa en la raíz andina de su lengua andina culle de los guamashugos. Precisa Íbico Rojas:

Los «guamashugos» (acaso se llamaban así originariamente) hablaban culle. Soñaban y amaban en culle, gozosos. Cuando llovía con rayos, relámpagos y truenos, presagiaban cautelosos y oraban en culle, con un coro infinito de insectos y aves. Cantaban y bailaban surcando la tierra, con embriaguez. Pastoreaban el ganado, cosechaban bajo el sol y se sentían bienaventurados. Hilaban y tejían su fantasía en la urdimbre de los hilos, y eran felices. Cuando respiraban el aire fresco de la libertad, también lo eran.

Lo fueron las enormes poblaciones de los extensos curacazgos de Cajamarca, Huamachuco y Conchucos, que saturaban su universo con teónimos, topónimos, orónimos, hidrónimos, zoónimos y fitónimos culles, voces de una lengua hoy exótica; sin fecha de origen ni procedencia lingüística conocida, sin filiación en ningún catálogo de lenguas ni registro de desactivación, pero con vestigios irrecusables de un pueblo laborioso encumbrado en los Andes, en aldeas y grandes ciudades planeadas con buen criterio urbanístico, provistas de importantes obras hidráulicas, en las que se desarrollaba una cultura teocrática con dioses muy poderosos como Ataguju, adorado especialmente en el templo que se le comenzó a construir en el siglo V, en Marcahuamachuco (2016: 20).

Para retomar lo postulado sobre el lenguaje impuesto por Vallejo desde *Los heraldos negros*, voy a interpretar el mensaje del último poema del mismo libro, «Espergesia», por ser precisamente, como he anotado al inicio de esta lectura, parte del equipaje con el cual el poeta asombraría a sus primeros lectores y continúa

exigiéndonos mucha atención para interpretar cada palabra usada, porque se trata de una nueva manera de dilucidar la sensibilidad individual y colectiva del ser, no sin antes dejar, otra vez, que nos lo recuerde Antenor Orrego:

En el prólogo a la primera edición de *Trilce* en 1922, al hablar de las bases fundamentales de la nueva estética de Vallejo, dije «esta poesía retrae hacia su origen la esencia del ser». Nadie entendió por entonces, el despliegue esclarecedor de esta frase a lo largo de la obra vallejana, ni ninguno de sus comentaristas posteriores advirtió digamos la reverberación de estas palabras que dilucidaban la fuente de sus prodigiosas raíces metafísicas, las que constituían, a su vez, la esencia característica de su expresión estética y humana. Con solo haberla entendido se habrían explicado con entera claridad, la razón de ser de su «técnica renovadora y distinta» (1963: 213).

Esencia del ser que nosotros encontramos en el poema «Espergesia» (1918: 151) y que intentaremos puntualizar hoy a más de cien años de haberlo incluido y publicado en el estupendo libro *Los heraldos negros*:

Hay un vacío  
en mi aire metafísico que nadie ha de palpar:  
el claustro de un silencio  
que habló a flor de fuego.

La poesía de Vallejo sigue vigente y nos revela la existencia, hasta entonces, de un vacío en la poesía castellana que él, a partir de este libro, empieza a llenar y continuará haciéndolo en toda su obra poética. En la cuarta estrofa, con dolorosa exclamación, propone:

Yo nací un día  
que Dios estuvo enfermo



Y más adelante anota certeramente:

Y no saben que el Misterio sintetiza...  
que él es la joroba  
musical y triste que ha distancia denuncia  
el paso meridiano de las lindes a las Lindes (1918: 154).

El *vacío* de la tercera estrofa y el *Misterio* de la penúltima son ese sentimiento y sensibilidad con los que él transformó la poesía y, hasta ahora, su humana vigencia continúa siendo fuente inagotable de estudios e investigaciones de una pléyade cada vez más numerosa de críticos literarios del planeta, ansiosos de saber por qué una voz surgida de una tierra tan maravillosa como la vida o la esperanza, amerindia, habría no solo de incorporar a la lengua castellana una profundidad genuina plena de matices en sus logros y conflictos, precisados por Íbico Rojas en la cita que recogemos en este trabajo.

Ahora echemos una mirada a los mapas de América del Sur y el Perú, para advertir claramente dos jorobas que Vallejo testimonia como

[...] la joroba  
musical y triste que a distancia denuncia  
el paso meridiano de las lindes a las Lindes.

Valga esta oportunidad para apuntar que *el paso meridiano de las lindes a las Lindes* de los versos citados, en la poesía castellana lo impone Vallejo desde su libro primigenio *Los heraldos negros* hasta *España, aparta de mí este cáliz*. Porque conforme avanzan las indagaciones críticas sobre su obra, se está dilucidando que si bien es cierto que en el primer libro hay resabios de la corriente modernista, se anota ya que desde el primer poema, como queda dicho, hay originalidad en la forma de plasmar los versos utilizando un lenguaje nuevo, directo e irreverente para expresar

sentimientos, como los anotados, con palabras muy lejanas al uso convencional de la poesía castellana.

Vallejo metió al hombre amerindio a su escritura y lectura. Pero lo metió con sus pensamientos, ideas, mitos, prodigios, falencias, en fin, con todo ese legado cultural fecundado y nacido desde lo más íntimo de la sensibilidad humana, de esta latitud de la tierra.

Los poetas peruanos y amerindios, antes que Vallejo, se habían convertido en una especie de eco de las corrientes literarias europeas. Había un vacío metafísico y de identidad. Vallejo le pone alma, vida y corazón a la palabra. Hace suyo el imaginario colectivo, lo proyecta nítido con sabiduría aún no percibida en lo más profundo de sus errores y virtudes, de sus sueños y realidades, de sus fracasos y esperanzas, es decir, hurgando aquel bagaje oculto del ser en un lenguaje que exprese la cosmovisión de un pueblo que todavía no tenía voz en el parnaso o reino de la poesía y que clamaba un sitio para expresarse, para dar el *paso meridiano de las lindes a las Lindes*, que él, Vallejo, hace realidad, como eco de su propio mensaje y palabra solidarios.

Mensaje con palabras sutiles, preñadas de sentir magnánimo. De proeza artística singular y firme que ningún otro poeta, de ninguna latitud de la tierra, había logrado, ni tampoco había tenido la genialidad de hacer realidad. Como certera, humilde y fraternalmente puntualiza el gran poeta español Félix Grande:

Ningún poeta americano o español, ninguno, literalmente ninguno, ha logrado jamás contar el mundo y enumerar las emociones, contagiar el deslumbramiento, el miedo, el tacto, las ansiedades... ese milagro idiomático nos suena por primera vez porque se dice por primera vez (1999: 35-36).

Ahora, sin equivocarnos, afirmamos que ese milagro idiomático de hace cien años se dio en *Los heraldos negros* y se solidificó,

cuatro años más tarde, en *Trilce*, libro con el cual Vallejo devela el *misterio* de su identidad andina, «sintetiza» la nueva expresión poética «musical y triste que a distancia denuncia» y llega a consolidar «el paso meridiano de las lindes a las Lindes» de una nueva expresión artística.

Como resultado de una «experiencia vivida y no por lección aprendida», principio y fin de su inimaginable existencia universal, como hombre y poeta de su sangre.

Así es como Vallejo logra que estudiosos del quehacer poético de habla castellana, europeos, primero, luego de los más apartados países de la tierra, no solo alienten, sientan y admiren el valor asombroso de su legado: una poesía que él mismo diseñó en su singular tesis *El Romanticismo en la poesía castellana*, de 1915, donde precisa que la poesía castellana no se había liberado de la influencia de las corrientes europeas de entonces, proponiendo que era necesario el surgimiento de una expresión poética nacida del grito interior del ser, capaz de romper cualquier regla que impida la expresión desnuda de una sensibilidad nueva que traduzca el sentimiento nuevo de una nueva poesía.

He señalado anteriormente que César Vallejo, luego de publicar *Los heraldos negros* y *Trilce*, llega a París el 13 de julio de 1923. Asombrado, vive el mundo que le rodeará hasta su muerte, no sin antes dejar un legado poético-existencial asombroso que nadie, cuando se embarcó, excepto él y Antenor Orrego, intuirían: la aventura literaria más conmovedora, trascendente y asombrosa de la lengua castellana no desentrañada plenamente. Congresos como «*Los heraldos negros: 100 años después*», confirman que la vida y obra de Vallejo sigue siendo cada vez más interesante, a la luz de los renovados aportes de sus biógrafos, estudiosos, críticos y traductores, que se multiplican conforme avanza el tiempo, ya que «el paso meridiano de las lindes a las Lindes» («Espergesia»),

génesis de la esperanza, siempre latirá en el corazón del hombre. Juzgo importante transcribir algo fundamental:

Si necesitamos un testimonio irrefragable que se ha iniciado un nuevo proceso cultural en América, un proceso de alcance y sentido universales, bastaríanos presentar la obra poética de César Vallejo, que es un testimonio de tal fuerza probatoria que puede despejar la duda más impermeable. Vallejo pronuncia precisamente la palabra poética originaria que «abre la brecha para la irrupción del ser» en el nuevo mundo y la abre no solamente para América, sino para todo el mundo para el hombre universal, que es el instrumento histórico para la superación de la crisis en que se debate la época contemporánea.

Vallejo es el poeta que hace de nuevo la pregunta por el ser del hombre, porque para realizar su obra poética retrae hacia su origen la esencia del ser; que es la frase del primer prólogo que quedó sumergida, hace treintaisiete y hasta veintiún años después de su muerte. Hace Vallejo tácitamente, de nuevo, la pregunta por el ser y las raíces metafísicas de su obra entera son las respuestas que el poeta genial y profético da como fundamentos espirituales a la nueva cultura americana que está surgiendo en nuestros pueblos, mejor dicho, en nuestro pueblo-continente que se extiende desde México hasta Argentina. Pero, son respuestas con tremenda gravitación histórica y universal porque son realizadas en su palabra poética para la nueva historia y para el nuevo hombre del mundo entero. La figura del poeta y la influencia de su obra se acrecentarán cada día, a medida que se la comprenda mejor porque su verbo creador habrá de influir en todas las lenguas vivientes de hoy. Espero que esta última afirmación no me gane el prestigio de alucinado, como lo gané, en tanta medida, con el primer prólogo de *Trilce*.

Heidegger es el primer filósofo europeo que hace de nuevo la pregunta por el ser. Pero César Vallejo se hace tácitamente esa misma pregunta, con muchos años de anticipación, en 1918 o antes, desde que comienza a forjar su obra poética. Es curioso señalar que el filósofo alemán para crear una nueva expresión

filosófica hace con su lengua materna lo que hizo con la suya el poeta peruano. Ambos son los dos más grandes solecistas de la época contemporánea porque, en la forja de nuevas técnicas de expresión, alteran el valor semántico de las palabras y violentan la estructura sintáctica de sus respectivas lenguas. No obstante, ambos alcanzan una expresión tan sencilla y descarnada, que en Heidegger rebasa la expresión extralógica; y en Vallejo alcanza una manera tan directa y desnuda. Por encima de todas las convenciones gramaticales y retóricas hasta convertirse en una expresión extraliteraria (Orrego 1962: 214).

Disculpen si me he extendido más de lo debido en esta cita. Es necesario hacerla para justificar mi aseveración de que solo Vallejo y Orrego tenían claro que el primero habría de dar un vuelco total a la poesía castellana y en el tiempo a la poesía mundial, ya que en estos días sin exagerar se puede afirmar que la poesía de Vallejo desde *Los heraldos negros* a *España, aparte de mí este cáliz* no solo han sido editadas y reeditadas en casi todas las lenguas y no se cuentan por cientos sino miles los estudios que se han realizado de las mismas a través de ponencias en cuanto evento sobre poesía hispanoamericana se realiza en el mundo o a través de artículos e incluso libros completos donde la admiración y valoración de la poesía de César Vallejo no tengan que ver con la apreciación puntual de Orrego, y aun cuando ni siquiera se cite la fuente premonitoria y lección interpretativa del maestro peruano que dio origen a la fijación histórica de esta maravillosa poesía. Que a través de sus traducciones a casi todas las lenguas influye cada vez con más fuerza en la poesía universal. Y, porque, además, anota Ricardo González Vigil:

Finalmente, ya es hora de no confinar a Vallejo al gran poeta del *dolor* y de la *muerte* que es (uno de los más notables en la historia de la literatura), quedándonos con su angustia, su agnosis, su fatalismo, su pesimismo, su orfandad, etc. Hay que verlo también en toda su dimensión de poeta de la *vida* y de la *esperanza* (con

una intensidad desconocida en el panorama poético de este siglo), de acento profético, evangélico y apocalíptico (enriquecido por las búsquedas de Whitman y Nietzsche), que anuncia la liberación de la «voz del hombre» («Líneas» de LHN), la hazaña de conquistar el «nuevo impar» (*Trilce* XXXVI) en la «costa sin mar» (*Trilce* LXXVII), el pronto arribo del *hombre humano*, desalineado (*Poemas humanos*) y la derrota de la Muerte a manos del amor planetario de la Masa (*España, aparte de mí este cáliz*). Todo ello —lo más notable— ligado dialécticamente: muerte-vida, dolor-amor, orfandad-hogar, soledad-comunión, pesimismo-esperanza (1991: XIII).

Terminaré afirmando que para corroborar lo expuesto nos bastaría mostrar el glosario biobibliográfico de publicaciones consignadas en el último tomo de las actas de *Aula Vallejo* de Córdoba (1963) o *Cuadernos Hispanoamericanos* de Madrid (1988). Amén de las bibliografías de cuanto evento en homenaje a Vallejo se realiza anualmente en muchos foros del mundo, sin contar las innumerables tesis universitarias para profesionalizaciones y doctorados que se presentan en las más importantes o apartadas universidades de la tierra.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

GARCÍA, Mara (2015). «César Vallejo, poeta del hogar y del fogón». *Espergesia. Revista de Investigación Literaria*. Recuperado de <<http://revistas.ucv.edu.pe/index.php/ESPERGESIA/issue/view/96>>. (Consulta 4 de mayo de 2019).

GONZÁLEZ VIGIL, Ricardo (1991). «Prólogo». En VALLEJO, César. *Obras completas*. Tomo I. *Obra poética*. Edición crítica, prólogo, bibliografía e índices de Ricardo González Vigil. Lima: Banco de Crédito del Perú, XI-XLIII.

GRANDE, Félix (1999). «César Vallejo, semejante mendigo». *Revista Algo te Identifica*.

HART, Stephen M. (2014). *César Vallejo. Una biografía literaria*. Lima: Cátedra Vallejo.

MONGUIÓ, Luis (1952). *César Vallejo: vida y obra*. Lima: Editora Perú Nuevo.

ORREGO, Antenor (1922). «Palabras prologales». En VALLEJO, César. *Trilce*. Lima: Talleres de la Penitenciaría de Lima, III-XVI.

\_\_\_\_\_ (1963). «El sentido americano y universal de la poesía de César Vallejo». *Aula Vallejo*, 2, 3, 4, 213-226.

ORTEGA, Julio (2014). *César Vallejo. La escritura del devenir*. Barcelona: Taurus.

ROJAS, Íbico (2016). «Tahuashando. Enigma culle en la poesía de Vallejo». *Espergesia. Revista de Investigación Literaria*, 12, 3, 2. Recuperado de <<http://revistas.ucv.edu.pe/index.php/ESPERGESIA/article/download/1311/1068/>>. (Consulta 20 de mayo de 2019).

VALLEJO, César (1915). *El Romanticismo en la poesía castellana*. Tesis para optar el grado de bachiller. Trujillo: Universidad Nacional de Trujillo.

\_\_\_\_\_ (1918). *Los heraldos negros*. Lima: Talleres de la Penitenciaría de Lima.

\_\_\_\_\_ (1922). *Trilce*. Lima: Talleres de la Penitenciaría de Lima.

\_\_\_\_\_ (1991). *Obras completas*. Tomo I. *Obra poética*. Edición crítica, prólogo, bibliografía e índices de Ricardo González Vigil. Lima: Banco de Crédito del Perú.